

Matilde Salem

Fue madre y hermana
de los pobres



Teresio Bosco

Matilde Salem, sierva de Dios nació en Siria, en Aleppo, en el 1904, y se reunió con Dios en aquella misma ciudad el 27 de febrero de 1961, a los cincuenta y seis años.

Muchacha hermosa y desenvuelta era admirada como una flor. A los dieciocho años, se casó con Jorge Elías Salem, hombre de negocios, de treinta y cuatro años, y de una poderosa personalidad. Parecía que a Matilde se le abría una vida dorada, pero la suya no fue una continua luna de miel. Jorge la amaba, pero su personalidad posesiva, autoritaria, exigió de parte de Matilde tesoros de ternura, bondad, diplomacia, para evitar contrastes y sinsabores.

Algunos años después del matrimonio se evidenció que no podrían tener niños. Jorge sufrió por ello profundamente durante toda su vida y Matilde aún más. Poco después, Jorge se puso malo. La diabetes (herencia familiar) y la vida frenética llevada en su juventud, habían debilitado su organismo. Matilde aceptó esta prueba sin una lágrima, sin una queja. Se convirtió en la más abnegada y competente de las enfermeras. No se separó de Jorge. Lo acompañó en sus viajes, asistía a las reuniones de negocios, y pronto se puso al corriente de tal manera que la invitaba a tomar parte en las discusiones y contratos de su trabajo. La apreciaron y respetaron los dirigentes de las grandes empresas europeas.

La segunda guerra mundial de 1939-1945 multiplicó por diez el patrimonio de la familia, pero la salud de Jorge continuó disminuyendo.

Monseñor Isidro Fatal, nombrado en 1943 Metropolitano griego-católico de Aleppo, supo ganarse la amistad de Jorge y Matilde. Un día Jorge le confió un sueño que él tenía: fundar en Aleppo una obra de caridad cristiana. Mons. Fatal, le sugirió la fundación de una escuela profesional que formase a los futuros trabajadores cristianos.

En la mañana del 26 de octubre de 1944, muere Jorge Salem. Matilde está inconsolable. Habían estado juntos durante veintidós años, y ahora le parecía imposible vivir sin su Jorge. Y sin embargo supo sobreponerse.

Al concluir el "mandato francés", en Siria, en 1945, los Hermanos Maristas tuvieron que abandonar su colegio en Aleppo. A través del Arzobispo católico y de la Fundación, Matilde lo compró: sería la sede de la futura escuela profesional. Luego partió para Turín, y tratando directamente con el Rector Mayor de los salesianos, don Pedro Ricaldone, pidió que los hijos de Don Bosco fuesen a dirigir la escuela.

Se abrió en 1948. Pero en aquel año se dio también la guerra israelí-palestina que, además de los problemas políticos, llevó oleadas de prófugos a Siria. Madres, niños, viejos, llegaban pobres y aterrorizados de la tierra en la que Jesús había predicado la paz y el amor. Matilde les abrió su casa, los escuchó, los alimentó, los consoló.

Cada mañana tomaba parte en la misa, recibía la comunión y permanecía por largo tiempo en oración. Rezaba y meditaba, recibía fuerzas de su Señor para vivir una nueva jornada de bien.

El lunes de Pentecostés de 1959, mientras estaba en su jardín, tuvo una hemorragia. Se llamó a un ginecólogo. El diagnóstico fue drástico: tumor que hay que operar enseguida. Si era benigno o maligno lo diría el análisis histológico. Matilde, seria y tensa dijo: "Gracias, buen Dios". Comenzaron los veinte meses más duros de su vida, en los que su humanidad fue puesta en el crisol del dolor, y separada toda la escoria, el amor de Dios brilló en todo su esplendor.

La operación quirúrgica se haría en Parías, pero al final se hace en los Estados Unidos. Quiso tener un sacerdote antes de encontrarse con los cirujanos. La operación le causó días de gran sufrimiento, que trató de soportar sin lágrimas. El análisis fue infausto: tumor maligno. Era necesario someterse a radiaciones de cobalto para impedir la proliferación maligna. Afortunadamente, este cuidado se podía recibir en su patria, y Matilde volvió con alivio a su casa. Volvió lentamente a la vida activa, pero mientras sus obras sociales se van desarrollando, el mal reaparece a mitad del marzo de 1960. Va a Francia, pero a la gruta de Lourdes, donde pide a la Virgen la gracia de la aceptación total de la voluntad de Dios, y ofrece su vida, casi gritando "Dios mío, ofrezco mi vida por la unidad de los cristianos, la santificación de los sacerdotes y la prosperidad de la Obra Jorge Salem".